

CUADERNOS
DE HORIZONTE

El sol de Lorrain

Un viaje hacia el atardecer

DANIEL MUÑOZ DE JULIÁN

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 30

© del texto: Daniel Muñoz de Julián, 2024

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, SLU, 2024

Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo, 2024

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com

info@lalineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta:

Victor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Fotografía de cubierta: *Seaport with the Embarkation
of the Queen of Sheba*. Claude Lorrain, 1648.

National Gallery de Londres

ISBN: 978-84-127475-2-2

THEMA: WTL, WN | Depósito Legal: M-3960-2024

Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima
proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley.

El sol de Lorrain

HÁGASE LA LUZ ... 13

EL HORIZONTE NO EXISTE ... 25

VIAJEROS DEL SOL ... 59

LOS PUEBLOS DE LAS LUCES ... 71

LA LUZ QUE DUELE ... 89

Para Eduardo

Siguiendo la luz del sol, salimos del viejo mundo.

CRISTÓBAL COLÓN, *Diario de abordo*

HÁGASE LA LUZ



Suavemente llegó la hora del atardecer.

H. W. LONGFELLOW, *Evangeline, a tale of Acadie*

En las afueras de Sant Antoni, en Ibiza, los conductores son advertidos por una flecha.

Posta de sol

Puesta de sol

Sunset

Sigue el viajero las indicaciones hasta una rotonda en la que la señal aparece de nuevo. Esta se repetirá, glorieta tras glorieta, apuntando siempre hacia el oeste que se hunde en el mar. Estamos en pleno Mediterráneo; algunas de las culturas que dieron forma al mundo occidental habitaron durante milenios este lugar, dejando los sedimentos de su conocimiento y comprensión de los fenómenos naturales. Por mil manos ha pasado esta isla, que ha sufrido grandes transformaciones. Y, aun así, juraríamos que el este y el oeste siguen siendo los mismos; ni la luz se ha tornado caprichosa ni los astros describen trayectorias u órbitas fuera de orden.

Obedeciendo las indicaciones, habremos llegado al Café del Mar, al Sunset Ibiza, al Kasbah Sunset Bar, negocios que funcionan por genuina energía solar. Los turistas (no veremos a nadie

de la zona, que ellos tienen costumbre de quedar al *sol post*, o una vez haya tenido lugar la puesta de sol) buscan aparcamiento cerca, lo que no es fácil, porque son muchos los que han tenido la misma idea. Hay prisa; se parecería a la prisa de sus trabajos (esa de la que vienen huyendo) si no fuera porque no es causada por la entrega de un informe o por las urgencias de un cliente, sino por movimientos astronómicos colosales, infinitos, sustanciales como lo eterno. Sufren, como cierta parte de la población que puede permitirse tal cosa, de opacarofilia, o pasión por los ocasos.

18

El sol sigue bajando. Situémonos frente a él y tapémonos los ojos con una mano. Ahora, sin cambiar de posición, extendamos esa mano alejándola del rostro todo lo que sea posible en dirección al horizonte, formando una pantalla en la que el borde del meñique se haga coincidir con la frontera entre el mar y el cielo. Ello nos revelará que el astro está a solo un dedo de distancia de precipitarse en el agua, lo que supone que aún falta un cuarto de hora para la despedida, porque el grosor de cada dedo equivale aproximadamente a quince minutos.

Los turistas, que no viajeros, encuentran con suerte una mesa al aire libre, y los que no lo hacen piden la consumición y se arrellanan directamente sobre las rocas y la arena de la playa, como uno de

tantos grupos que ya han desbordado la zona de la terraza. En este momento, lo que está ocurriendo destila una forma muy depurada de melancolía contemporánea, en la que interviene, cómo no, la tecnología de la captación y esa arrebatadora necesidad de registrar lo que se ve: todos tienen el teléfono móvil en la mano. Todos se ponen sus gafas de sol. Con ambos elementos, estos enternecedores productos humanos, representantes de todos nosotros, se preparan para lo que han ido a hacer: no ver nada, lo que se dice nada, con sus propios ojos.

Muchos años antes, en la finca Santa Cruz de la Vista Alegre, no lejos de Moguer, una criada se apresura con pasos cortos sobre el ajedrezado hasta llegar a una puerta cerrada. También a ella hoy el tiempo se le ha echado encima. Pese a la inminencia de lo que tanto le preocupa, duda antes de golpear la puerta.

Al otro lado, Juan Ramón, impecablemente vestido y acicalado, está escribiendo:

... con tus armas de seda, de perfume y de llanto,
te daría cien almas que pudieras quitarme.

La sonata se extingue... Por la abierta ventana
entra un rosa encendido de caída de la tarde,
y tus manos se abaten cual palomas heridas,
y el piano parece que se tiñe de sangre.

La criada se decide y se arriesga a molestar.
Da dos golpes y dice en voz alta:

–Señorito, el crepúsculo.

Juan Ramón rompe su cálida ensoñación y sale en busca de otra más real. A grandes zancadas atraviesa la casa y se apoya en el porche porticado mirando al horizonte. Como cada tarde desde hace un tiempo, las pupilas se le llenan de oro y, por un momento, no es nadie, su lírica se desarma, y sus poemas no sirven para reflejar lo que ve ni para declarar lo que siente.

A la misma hora, el 6 de mayo de 1643, en el claro elevado de un bosque próximo al templo de la Sibila Tiburtina, Claude Lorrain está ordenando la luz.

20

No puede deleitarse demasiado si quiere capturarla en su cuaderno. Este *camminatore che va cercando la pace al crepuscolo* ha vagado todo el día por los campos cercanos a Roma. De la mañana a la noche trota por la campiña a través de caminos humildes, cruzándose apenas con pastores y gitanos, como en los días de su infancia.

Cómo han cambiado las cosas... Cuando nació, en 1600, como el tercero de cinco hijos de una familia modesta de la Chamagne, Caravaggio estaba justamente separando la luz de las tinieblas como la yema de la clara. Cuando, como niño, vagabundeaba por las eras, mucho antes de «encender

por primera vez el sol en el cielo del arte» no podía saber que algún día se haría rico haciendo precisamente eso. Ni que, aun no llegando a pisar París ni la Corte, sería el más francés de aquella generación de pintores adoradores de Italia.

Hay que amar a Claude, porque fue amable. Triunfó sin pisar a los demás, y vivió apaciblemente. El cronista Pascoli nos dice que su vida fue curiosa *non pure, ma degna di scriversi*, y para contarla fielmente debemos seguir en ella lo que nos narran Sandrart, que fue su amigo, y Baldinucci, que, sin serlo, adornó un poco los hechos, pero llegó a conocerle en su final, como anciano de dedos temblorosos.

Este hombre de aspecto severo y clerical, tímido y enemigo de todo conflicto, incapaz de pintar nada lascivo, y no especialmente culto (comenzaba a pasar apuros al contar más allá de cien), estuvo en el vórtice de la Roma barroca más exuberante y políticamente compleja, y, sin embargo, no le interesaron ni sus intrigas ni sus frivolidades. Claude Gellée, apodado el Lorenés, que una vez empezó un cuadro para un cardenal y lo terminó para un papa (pues así de rápido iba todo en esos días), encarnó la quintaesencia de todos los pintores de un paisaje que ya se había desligado de la pintura histórica, reivindicando un género propio. Por eso solo aduló al Sol, al verdadero Rey

Sol y no a ese muñeco triste de Versalles. Y a causa de esa monomanía tan concreta, situadas entre la música de las grandes arquitecturas y las ruinas que hacía brotar entre cielos cegadores, sus figuras humanas fueron siempre, como poco, mejorables. Consciente de este gran defecto, intentó asistir a academias para practicar con desnudos al natural, sin demasiado éxito y sin demasiado empeño, porque una tarde encerrado en un estudio de la ciudad era para él una tarde cuyo acto final se perdería.

Al quedar huérfano en 1612, comenzó a formarse como aprendiz de pastelero, y muy poco después partió con un hermano grabador a Friburgo. Sería allí donde se familiarizaría con el dibujo y fue allí también donde un pariente, comerciante de lazos y cordones para indumentaria femenina, se lo llevó con él en su camino a Roma.

Podemos imaginar al chico, joven asistente de decorador de escasa formación, pero de ojo infalible, al avanzar por vez primera entre las calles de la ciudad más grande que nunca había visto. Lo que olió, lo que oyó, la forma en la que captó todos los estímulos de sus barrios, y la desazón que debió de invadirle cuando en apenas unos meses su pariente tuvo que abandonar Roma a toda prisa y le dejó totalmente solo, en un pequeño albergue cerca del Panteón. Sin poder recibir ningún dinero

de su hermano a causa del cierre de los caminos europeos provocados por la guerra de los Treinta Años, logró con astucia, humildad, y seguramente la intercesión de la Divina Providencia, entrar en el estudio de Agostino Tassi, alumno de Brill, el padre del paisaje. Prestando ayuda en lo que fuese necesario, casi como sirviente, empezó a conocer a las grandes familias y sus palacios.

Y ahora, tanto tiempo después, en esta tarde del primer *seicento*, las dificultades iniciales de su carrera han venido a su cabeza mientras recoge sus utensilios para volver a casa por el Ponte Molle, donde Constantino vio la cruz por vez primera. Se ha demorado mucho y ya no hay sol; no hay nada que hacer. Al volver al sendero, apenas ve la placa en la que se lee simplemente «Roma».

El poste clavado en Ibiza revela ahora también su necesidad. Como a nadie extrañará, no hay un indicador que se oriente hacia arriba y señale «nubes», ni uno que apunte al suelo con el mensaje «tierra firme». No: el cartel, que alude a algo que trasciende su propio significado, reconduce y pastorea a aquellos que están buscando el fin del día, y si está ahí es porque alguien se cansó de que le preguntasen y como prueba testifical de que la percepción que se tiene desde la municipalidad sobre aquellos viajeros interrogantes no es demasiado elevada. Lo que lleva a preguntarse, de

una vez por todas, ¿qué hay en este fenómeno que puede conmover a Juan Ramón y a Claude, pero también a la clase de gente que necesita un cartel para saber por dónde se pone el sol?